

HISTORIAS Y PARÁBOLAS PARA NIÑOS

Santos de Rumanía

Volumen V

HISTORIAS ILUSTRADAS PARA TODA LA FAMILIA



UN LIBRO PARA LAS VELADAS JUNTOS



Una historia leída con cariño crece con nosotros.



ESTE LIBRO PERTENECE A

Mi nombre / nuestra familia



VOLUMEN V

Santos de Rumanía

Diez historias · Edición ilustrada

Octubre de 2026

Las citas bíblicas siguen, con adaptaciones, la versión *Dios habla hoy*®,
© Sociedades Bíblicas Unidas.



BONDAD, FE Y VALENTÍA

En este volumen

	42	Parasceva, la niña de corazón generoso	5
Se celebra el 14 de octubre			
	43	Demetrio, el pastor de corazón limpio	15
Se celebra el 27 de octubre			
	44	Los Brâncoveanu, fieles hasta el final	25
Se celebran el 16 de agosto			
	45	Esteban el Grande, el príncipe que construía iglesias	35
Se celebra el 2 de julio			
	46	Juan, el rumano del desierto de Hozeva	45
Se celebra el 5 de agosto			
	47	Calínico, el padre misericordioso de Cernica	55
Se celebra el 11 de abril			
	48	Nicodemo, padre de monasterios	65
Se celebra el 26 de diciembre			
	49	Teodora y los pájaros del cielo	75
Se celebra el 7 de agosto			
	50	Antim, el esclavo que regaló libros a un pueblo	85
Se celebra el 27 de septiembre			
	51	Juan Casiano y Germán, dos amigos en busca de Dios	95
Se celebran el 29 de febrero (en los años no bisiestos, el 28)			

VOLUMEN V

Santos de Rumanía



«Recibieron gratis; den gratis».

MATEO 10, 8

Sobre corazones generosos y amistad.
Sobre oración, valentía y dulzura.

HISTORIA 42



Parasceva, la niña de corazón generoso

Vida de santa Parasceva la Venerable · Se celebra el 14 de octubre

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 6

Hablamos con los pequeños

p. 8

La historia completa · desde los 8 años

p. 9

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 13

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

Era un día frío en Epivates, un pueblecito junto al mar. El viento venía de las olas, áspero y salado, y sacudía los postigos. Por las callejuelas, la gente pasaba deprisa, con el cuello levantado. Solo la campana de la iglesia sonaba clara y cálida, llamándolos al oficio.

Entre quienes subían las escaleras había una niña de mirada atenta. Se llamaba Parasceva. En la iglesia, el sacerdote leyó del Evangelio las palabras con que Jesús llama a la gente a seguirlo. Parasceva las escuchó como si se las dijeran solo a ella.

Al salir, el viento le sopló de lleno en las mejillas. Y entonces lo vio. En el escalón de abajo había un niño pobre, con ropa vieja y fina. Temblaba y se soplaba los puños para calentarse los dedos.

La gente pasaba de largo. Parasceva se detuvo. Miró al niño. Miró su abrigo, grueso y caliente. «Yo puedo ayudarlo ahora mismo», se dijo.

Su vida cuenta que le dio al niño su ropa y se puso la de él. El niño se envolvió en el abrigo caliente y, por primera vez aquel día, dejó de temblar.

Parasceva volvió a casa con la ropa fina del niño. El viento le picaba, pero en su corazón había calor.

Mamá la miró sorprendida:

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

—Parasceva, ¿dónde está tu ropa?

—Se la di a un niño que tenía frío —respondió la niña.

La niña creció, pero su cariño por los pobres siguió con ella. De mayor, entregó su vida a Dios. Dejó Epivates y llegó hasta Jerusalén, donde rezó en los lugares santos. Después vivió en un monasterio junto al río Jordán, entre oración y trabajo.

La tradición cuenta que un ángel le pidió volver a casa. Parasceva obedeció. Pasó sus últimos años cerca de los lugares de su infancia, en silencio, sin buscar alabanzas.

Después de su muerte, la gente supo lo santa que había sido su vida. Sus reliquias, es decir, su cuerpo venerado por los cristianos, llegaron tras muchos viajes a Iași. Allí acude todavía gente de toda Rumanía a rezar.

Y su historia sigue cada vez que alguien se detiene en el camino, ve a una persona aterida de frío y le da calor, como hizo la niña de Epivates.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿A quién vio Parasceva al salir de la iglesia?

Respuesta: A un niño que tenía frío.

2 ¿Qué hizo ella?

Respuesta: Le dio su ropa y se puso la de él.

3 ¿Adónde fue cuando creció?

Respuesta: Hasta Jerusalén, para rezar en los lugares santos.

4 ¿Dónde están hoy sus reliquias?

Respuesta: En Iași.

LO HACEMOS JUNTOS

- Elijan juntos una prenda buena que ya no usen y regálenla a alguien que la necesite.
- Cuando vean a alguien triste o con frío, piensen juntos qué podrían hacer por él.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Santa Parasceva, enséñame a ver
a quien lo necesita y a ayudarlo. Amén.*

En la orilla del mar de Mármara, no lejos de la gran ciudad de Constantinopla, había un pueblecito llamado Epivates. Por la mañana, los pescadores sacaban sus barcas a la arena y las gaviotas giraban chillando sobre las redes. Las callejuelas olían a sal y a pan recién hecho. Cuando sonaba la campana, su voz se mezclaba con el rumor de las olas, y la gente dejaba un momento el trabajo para hacer la señal de la cruz.

Allí, en una casa donde no faltaba nada, crecían Parasceva y su hermano mayor, Eutimio. Sus padres eran personas creyentes que nunca faltaban a la iglesia los domingos, y los niños iban con ellos.

Para Parasceva, la iglesia era como un segundo hogar. Le gustaban el olor del incienso, la luz temblorosa de las velas y los rostros dulces de los iconos. Escuchaba los cantos y trataba de entender cada palabra.

Un domingo, hacia los diez años, el sacerdote leyó del Evangelio las palabras de Cristo: «Si alguien quiere venir detrás de mí, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz y sígame». La niña se estremeció. Le pareció que, entre todos los de la iglesia, Cristo la llamaba precisamente a ella.

Aún no sabía todo lo que significa «cargar con tu cruz». Pero entendía algo: seguir a Cristo no podía hacerse solo dentro, entre los iconos. Esas palabras había que sacarlas a la calle, entre la gente.

Fuera, el viento del mar soplaba cortante. En las escaleras de la iglesia había un niño pobre. Su ropa era vieja y rota, y el viento le calaba hasta la piel. Se abrazaba el cuerpo y temblaba.

La gente pasaba de largo. Unos ni lo veían; otros volvían la cabeza.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

2 / 4

Parasceva se detuvo. Miró al niño y luego su propia ropa, buena y abrigada. Las palabras del Evangelio aún le resonaban en los oídos.

La vida de la santa cuenta lo que pasó después. Parasceva le dio al niño su ropa y se puso la de él, vieja y fina. No esperó a ser mayor y tener riquezas que repartir. Tenía algo en ese momento, y lo dio.

El niño se envolvió en el abrigo caliente y se le sonrosaron las mejillas. Parasceva volvió a casa con sus harapos. El viento se le metía por las mangas, pero ella caminaba ligera, con una alegría que nunca había sentido.

En casa, su madre se quedó de piedra:

—Parasceva, ¿qué ropa es esta? ¿Dónde está la tuya?

—Se la di a un niño que temblaba de frío —respondió la niña, sin bajar los ojos.

Sus padres se sorprendieron y se preocuparon. Su vida dice que no fue la única vez: Parasceva siempre regalaba sus cosas, y ellos a veces la reñían por eso. Pero la niña ya no podía pasar junto a alguien con frío como si no lo hubiera visto.

Pasaron los años. Eutimio se hizo monje y, más tarde, obispo. También Parasceva sentía, cada vez más clara, la llamada que había oído de niña.

Ya joven, se marchó de Epivates. Dejaba atrás su casa, el mar y a todos sus seres queridos, para seguir a Cristo con toda su vida.

Llegó primero a Constantinopla, la ciudad de cientos de iglesias, y rezó en ellas. Luego vivió un tiempo junto a una iglesia de la Madre de Dios, aprendiendo la oración y el servicio.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

3 / 4

Pero su corazón la llevaba más lejos, a Jerusalén. Quería arrodillarse donde Cristo había sido crucificado y había resucitado. Empezó el largo camino, por mar y por tierra, hacia Tierra Santa.

En Jerusalén veneró el Sepulcro del Señor y los demás lugares santos. Luego no volvió al mundo, sino que se quedó en un monasterio del desierto del Jordán.

Allí los días eran sencillos: oficio, trabajo, silencio, y otra vez oficio. La comida era escasa, la celda estrecha, las noches frías. Parasceva rezaba mucho y trabajaba sin quejarse. Nadie allí sabía que un día había llevado ropa cara.

La niña que había regalado un abrigo era ahora una mujer que le regalaba a Dios toda su vida.

El Sinaxario, el libro que cuenta en breve las vidas de los santos, dice que un ángel se le apareció y le pidió volver a su patria. Allí terminaría su vida en la tierra.

Parasceva obedeció. Pasó de nuevo por Constantinopla y llegó a casa, a Epivates. Se instaló junto a la iglesia de los Santos Apóstoles y vivió allí en ayuno y oración. Los vecinos la veían pasar, humilde y callada, pero no sospechaban nada de sus caminos.

Murió todavía joven y la enterraron con sencillez, como a una forastera. Durante años, casi nadie se acordó de ella.

Pero Dios no la había olvidado. La tradición de la Iglesia cuenta que, mucho después, unas visiones revelaron el lugar de su tumba. Hallaron su cuerpo incorrupto y comprendieron que entre ellos había vivido una santa.

Sus reliquias viajaron después por varias ciudades: Tarnovo,

Belgrado, Constantinopla. En el año 1641, el príncipe Vasile Lupu las llevó a Iași. Hoy están en la catedral metropolitana, y cada otoño, en su fiesta, fieles de toda Rumanía hacen cola durante horas para venerarlas.

Unos vienen con penas graves; otros, solo a dar gracias. Y siempre hay niños, que vuelven a oír la historia de la niña de las escaleras de la iglesia.

Porque allí había empezado todo, un día de viento: un niño temblaba de frío y una niña se detuvo. Podría haber seguido de largo. Se detuvo, dio su abrigo y con él dio calor a una persona.



«Todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí lo hicieron».

Mateo 25, 40



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

Lo que das al pobre se lo das a Cristo; la alegría de dar es mayor que la alegría de tener.

Parasceva oyó un solo versículo del Evangelio y se lo tomó en serio. No dijo: «Soy demasiado pequeña» o «Lo haré cuando sea mayor». Hizo el bien en ese mismo momento, con lo que tenía a mano: la ropa que llevaba puesta. Así empieza la santidad: no con hazañas enormes, sino con un «Sí» dicho a Dios en las cosas pequeñas de cada día. Después, toda su vida fue un camino hacia Dios: dejó la riqueza, eligió la oración y el silencio, y siguió siendo humilde. Ni siquiera al volver a casa quiso que se supiera quién era. Pero Dios no olvida a los humildes: muchos años después, mostró a todos cuánto la había amado. Santa Parasceva nos enseña que un corazón generoso y obediente es el vestido más hermoso que podemos llevar.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Vivimos en un mundo que nos repite sin parar: «Necesitas más» —otro teléfono, otro par de zapatillas, otra prenda de moda—. Santa Parasceva va al revés: cuanto más da, más libre y feliz es. No tienes que darlo todo, pero puedes probar un ejercicio de libertad: elige en tu armario la ropa buena que ya no usas y regálala a través de la parroquia o de una asociación de confianza. O regala tiempo: una hora de clases a un compañero al que le cuesta, una visita a un abuelo que está solo. Descubrirás que la alegría que das vuelve a ti multiplicada.



Hablamos en familia

1 ¿Qué palabras del Evangelio oyó Parasceva en la iglesia cuando era pequeña?

Respuesta: «Si alguien quiere venir detrás de mí, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz y sígame».

2 ¿Qué hizo cuando vio al niño pobre?

Respuesta: Le dio su ropa bonita y se puso la ropa vieja del niño.

3 ¿Dónde están hoy las reliquias de la santa y cuándo es su fiesta?

Respuesta: En la catedral metropolitana de Iași; su fiesta es el 14 de octubre.

4 ¿Qué podrías regalar tú esta semana a alguien que lo necesita?

Respuesta libre: un juguete, ropa, una merienda, tu tiempo, una palabra amable.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Elige con tus padres una prenda o un juguete en buen estado y regálalo a alguien que lo necesite.
- El juego «Corazón generoso»: cada noche, en la cena, di una cosa que hayas regalado ese día (una sonrisa, una ayuda, un trozo de tu merienda).
- Si puedes, enciende una vela ante el icono de santa Parasceva y reza por un niño pobre.



ORACIÓN BREVE

*Santa Parasceva, venerable madre,
ruega a Dios por nosotros,
para que tengamos un corazón generoso y humilde
y amemos a Cristo como tú.*

PARA LOS PADRES

Subrayen el gesto concreto de la niña, no la «renuncia» en sí. A los pequeños les basta la idea de que compartió con alegría lo que tenía. Si han ido en peregrinación a Iași, cuéntenles a los niños cómo es la fila de fieles; si no, pueden buscar juntos un icono de la santa y ponerlo en el rincón de oración.

HISTORIA 43



Demetrio, el pastor de corazón limpio

San Demetrio el Nuevo, de Basarabov, protector de Bucarest · Se celebra el 27 de octubre



EN ESTE CAPÍTULO

La historia para los pequeños · 4-7 años	p. 16
Hablamos con los pequeños	p. 18
La historia completa · desde los 8 años	p. 19
Lo que nos enseña · Hablamos en familia	p. 23

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

En Basarabov, pueblo junto al río Lom, la mañana empezaba con el canto de los gallos. La niebla subía lenta del agua y la hierba de la orilla brillaba de rocío. Por las calles sonaban los cencerros del ganado camino del pasto: clin, clan, clin.

Detrás iba un niño con un cayado. Se llamaba Demetrio. Su familia era pobre, así que él cuidaba el ganado del pueblo y procuraba que al atardecer todas las vacas volvieran a casa.

A Demetrio le gustaba el campo. Sabía dónde crecía la mejor hierba, dónde bebía el ganado y cómo cantaba cada pájaro. A veces se detenía, miraba el cielo y le daba gracias a Dios.

Un día de primavera, se metió entre la hierba alta detrás de una vaca perdida. De pronto, bajo su pie, se oyó un pequeño crac.

Demetrio se quedó quieto. Se agachó y apartó la hierba. Allí, en el suelo, había un nido de pájaro. Lo había pisado sin verlo.

En una rama cercana, un pajarito piaba asustado. A Demetrio se le encogió el corazón. «No quería», susurró. «Perdóname».

No lo había hecho a propósito, pero lo sintió tanto que nunca olvidó aquel día. Desde entonces caminó con cuidado y miró siempre dónde pisaba, para no estropear nada de lo que Dios había hecho.

Demetrio creció y se hizo monje. Trabajaba, rezaba y

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

escuchaba a los mayores. Más tarde se fue a vivir a una cueva junto al río, para rezar en silencio.

La gente acudía a él en busca de consejo. Les hablaba con dulzura del amor de Dios, de la honradez y la bondad. No todos tienen que vivir en una cueva para hacer el bien, les decía. Pueden empezar en casa, con los que tienen cerca.

Cuando le llegó el final, Demetrio se acostó entre dos grandes piedras junto al río. El agua del Lom creció y cubrió el lugar. Durante mucho tiempo, nadie supo dónde estaba.

Pero Dios no lo olvidó. La vida del santo cuenta que el lugar se descubrió de forma milagrosa, y la gente puso sus reliquias en la iglesia de su pueblo.

Más tarde, las reliquias llegaron a Bucarest. Sus habitantes pidieron que se quedaran allí, y desde entonces san Demetrio es el protector de la ciudad.

Hoy, miles de personas suben la colina para venerarlo. La mayoría nunca ha cuidado ganado. Pero su historia les recuerda a todos al niño que se inclinó sobre un nido y aprendió a pisar con cuidado el mundo de Dios.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿En qué trabajaba Demetrio de niño?

Respuesta: Cuidaba el ganado del pueblo.

2 ¿Qué pasó con el nido entre la hierba?

Respuesta: Demetrio lo pisó sin querer.

3 ¿Qué sintió entonces?

Respuesta: Le dio mucha pena y aprendió a tener más cuidado.

4 ¿En qué ciudad están hoy sus reliquias?

Respuesta: En Bucarest.

LO HACEMOS JUNTOS

- Hagan juntos una casita de pájaros o pongan semillas en la ventana en invierno.
- En un paseo, busquen las «cosas pequeñas» en las que no suelen fijarse: un insecto, una flor, un nido.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*San Demetrio, enséñame
a cuidar todo lo que Dios ha hecho. Amén.*

El pueblo de Basarabov estaba junto al río Lom, cerca de su desembocadura en el Danubio. Las casas eran pequeñas y bajas, con gallinas cacareando en los patios. En primavera, los prados de la ribera se cubrían de hierba jugosa y flores, y en verano el sol tostaba el campo hasta la noche. Al amanecer, el rocío aún brillaba en la hierba y de cada patio llegaba el tintineo de los cencerros del ganado.

Entonces salía también Demetrio hacia el pasto con el ganado del pueblo. Su familia era pobre, y la gente le confiaba sus animales: sabían que era trabajador y honrado.

Un día en el campo era largo. El ganado podía dispersarse, el cielo podía oscurecerse de tormenta, y al atardecer cada vaca debía llegar a la puerta de su dueño. Demetrio aprendía a estar atento a todo, porque otros contaban con él.

En las horas tranquilas, se sentaba a la orilla del río y escuchaba. Conocía la voz de cada pájaro, el susurro de los juncos y el murmullo del agua. Rezaba por dentro y daba gracias a Dios por la belleza del mundo.

Un día de primavera, una vaca se desvió por la hierba alta de la orilla. Demetrio fue tras ella a grandes zancadas, con los ojos solo en la vaca. De pronto, bajo su pie, algo crujió suavemente.

Se paró en seco. Se agachó y apartó la hierba. Allí, escondido en el suelo, había un nido, con los huevos rotos. Arriba, el pájaro daba vueltas y chillaba, sin poder hacer nada.

Demetrio pasó largo rato de rodillas junto al nido. Sabía que no lo había hecho a propósito. Pero también sabía que el nido estaba tejido hilo a hilo, con paciencia, y que de esos huevos habrían salido polluelos. Un paso apresurado lo había estropeado todo, sin remedio.

Otro quizá se habría encogido de hombros: «Es solo un nido». Pero para Demetrio nada era «solo». Todo lo había hecho Dios, y él, por descuido, había destruido una pequeña vida.

La vida del santo cuenta que su dolor fue tan hondo que se impuso un duro sacrificio: durante tres años anduvo con ese pie descalzo, en verano y en invierno, para no olvidar. Nadie se lo había pedido. Lo eligió él para arrepentirse; no era un castigo para quienes se equivocan sin querer.

Desde aquel día, Demetrio miró el mundo de otro modo. La hierba ya no era solo hierba: podía esconder un nido, un insecto, una flor recién brotada. Caminaba despacio y miraba siempre antes de pisar.

Pasaron los años. El niño se convirtió en un joven trabajador, amante de la oración. Un día se despidió del pueblo y entró en un monasterio cercano.

Allí ya no cuidaba un rebaño, sino que vivía en una comunidad de monjes. Cada uno tenía su tarea: uno en la cocina, otro en el huerto, otro en la iglesia. El trabajo de uno ayudaba a todos.

Demetrio aprendía el orden de los oficios y hacía su parte sin quejarse. En el campo había necesitado paciencia con las vacas; aquí, con las personas. Uno estaba cansado, otro tenía prisa, otro decía una palabra dura. Demetrio respondía con mansedumbre y no dejaba crecer una pequeña pelea.

Con el tiempo sintió necesidad de más silencio. Se retiró a una cueva en la roca junto al Lom, cerca de su pueblo natal. Volvía a oír el río de su infancia, pero ya no cuidaba ganado: cuidaba su corazón.

La cueva era fría y estrecha. No tenía estufa ni cama blanda.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

3 / 4

Demetrio comía poco, trabajaba con sus manos y rezaba día y noche por la gente.

La gente de los pueblos de alrededor supo de él y empezó a subir el sendero hacia la cueva. Llegaban con sus penas: un niño enfermo, una pelea en la familia, una deuda, un viejo disgusto.

Demetrio los escuchaba a todos. No les pedía que dejaran sus casas y sus tierras. Los animaba a ser honrados, a rezar, a reconciliarse y a amar al prójimo. Les mostraba que el bien tiene su lugar también en la mesa familiar y en la manera de hacer el propio trabajo.

Más de un aldeano bajaba con una decisión nueva: pedir perdón a su hermano, dejar de hacer trampa en la balanza, tener más paciencia con sus hijos. La palabra recibida arriba, en la roca, se hacía obra abajo, en el pueblo.

Cuando sintió que se acercaba su final, Demetrio se tendió, según cuenta la tradición, entre dos grandes piedras de la orilla del río. Allí, rezando, entregó su alma a Dios.

Pasaron los años. Las aguas del Lom crecieron y cubrieron las piedras. El río corría sobre aquel lugar, y la gente olvidó dónde estaba el ermitaño de otros tiempos.

Pero Dios no lo había olvidado. La vida del santo habla de visiones y de la curación de una muchacha enferma. Los fieles encontraron su cuerpo incorrupto y lo colocaron con honor en la iglesia de Basarabov.

Ahora la gente tenía dónde acudir a él. Los ancianos contaban a los niños del pastor que había andado descalzo y de la cueva en la roca.

Mucho más tarde, en 1774, en tiempos de guerra, un general ruso

se llevó las reliquias para trasladarlas a Rusia. El camino pasaba por Bucarest.

Los habitantes de Bucarest rogaron al general que les dejara las reliquias, y él aceptó. El relicario subió a la colina de la Metropolía, donde sigue hoy, en la catedral patriarcal. Desde entonces, san Demetrio el Nuevo es el protector de Bucarest.

Cada otoño, en su fiesta, la colina se llena de gente. Vienen con flores, con velas y con oraciones. Pocos de ellos han cuidado alguna vez ganado a orillas de un río.

Y, sin embargo, su historia conmueve a todos, porque empieza con algo muy pequeño: un nido escondido en la hierba y un niño que se inclinó sobre él y aprendió a ver lo que otros pisotean.



«Dichosos los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios».

Mateo 5, 8



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

Un corazón limpio cuida hasta la más pequeña criatura de Dios.

Lo que nos asombra de san Demetrio no es una gran hazaña brillante, sino un nido de pájaro. Muchos habrían seguido de largo. Él, en cambio, entendió que hasta el ser vivo más pequeño está hecho por Dios con amor y que, cuando nos equivocamos, aunque sea sin querer, es bueno sentirlo y aprender algo de ello. Su arrepentimiento no fue una tristeza sin salida, sino una decisión: «De ahora en adelante tendré más cuidado». Así se formó su alma mansa, que lo llevó al monasterio y luego a la santidad. Dios premió su humildad: el pastor sin estudios llegó a ser el protector de la capital de Rumanía. San Demetrio nos enseña el cuidado de la creación, la mansedumbre y que también los errores pequeños merecen tomarse en serio, no para atormentarnos, sino para crecer.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Hoy se habla mucho de cuidar la naturaleza: el reciclaje, los bosques, los animales, las aguas limpias. San Demetrio lo vivió cientos de años antes, no por moda, sino por amor al Creador. Para un adolescente, su lección tiene dos caras. La primera: el mundo no es algo para tirar, sino un regalo. La segunda, quizá más difícil: cuando te equivocas, aunque sea sin intención, no te excuses enseguida con un «no quería». Reconócelo, repara lo que puedas y cambia algo en tu manera de ser. Eso no es debilidad, es madurez.



Hablamos en familia

1 ¿En qué trabajaba Demetrio de niño?

Respuesta: Cuidaba en el campo el ganado del pueblo.

2 ¿Qué hizo después de pisar sin querer el nido del pájaro?

Respuesta: Lo sintió mucho y, para acordarse de ser atento y manso, anduvo mucho tiempo con ese pie descalzo.

3 ¿Cómo llegaron las reliquias de san Demetrio a Bucarest?

Respuesta: En 1774, un general las llevaba a Rusia, y los fieles de Bucarest le pidieron que las dejara allí, y él aceptó.

4 ¿Cómo podemos cuidar nosotros también las criaturas de Dios?

Respuesta libre: alimentar a los pájaros en invierno, no arrancar flores sin más, no maltratar animales, no ensuciar el campo.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Con tus padres, pon semillas o migas en una casita para pájaros y observa quién viene a comer.
- El juego «Ojos atentos»: en un paseo por el parque, cuenta cuántas criaturas de Dios ves (pájaros, insectos, flores, árboles) y dale gracias por ellas.
- Cuando te equivoques sin querer, intenta decir «Perdóname» y arreglar algo, sin buscar excusas.



ORACIÓN BREVE

*San Demetrio, venerable padre,
que cuidaste de las criaturas más pequeñas,
ruega a Dios por nuestra ciudad, por mi familia
y por todos los niños, para que tengamos un corazón manso.*

PARA LOS PADRES

El episodio del nido es el corazón de la historia; dejen que el niño diga qué habría sentido él en el lugar de Demetrio. Expliquen que ir «descalzo» no fue un castigo impuesto por otros, sino su manera de recordar. Si viven en Bucarest o pasan por la ciudad, una visita a la catedral patriarcal da vida a la historia.

HISTORIA 44



Los Brâncoveanu, fieles hasta el final

Santos mártires Brâncoveanu: el príncipe Constantin con sus cuatro hijos, Constantin, Ștefan, Radu y Matei, y el consejero Ianache · Se celebran el 16 de agosto

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 26

Hablamos con los pequeños

p. 28

La historia completa · desde los 8 años

p. 29

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 33

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

Al pie de los montes de Oltenia, en un valle tranquilo, se alza el monasterio de Hurezi. Lo rodean bosques de hayas, y sus campanas se oyen a lo lejos, sobre las colinas. En sus puertas y columnas, los artesanos tallaron en piedra flores, hojas y vides, tan finas que parecen vivas.

El monasterio lo construyó el príncipe Constantin Brâncoveanu. Él y su esposa, la princesa Marica, tenían una familia grande, con hijas y cuatro hijos: Constantin, Ștefan, Radu y Matei. Matei era el menor.

Al príncipe le gustaban las cosas bonitas y útiles. Levantó iglesias y monasterios, ayudó a las escuelas y mandó imprimir muchos libros, para que la gente pudiera leer y aprender.

Pero llegaron días difíciles. El sultán, que mandaba sobre el país, se volvió contra el príncipe. A Brâncoveanu le quitaron el trono y se lo llevaron lejos, a Constantinopla, con toda su familia. Él, sus cuatro hijos y su fiel consejero, Ianache, fueron encerrados en una fortaleza de gruesos muros.

Les habían quitado los palacios, el oro, todo. No sabían qué sería de ellos. Pero estaban juntos. Rezaban juntos y se daban ánimo unos a otros.

«Lo hemos perdido todo», decía el padre a sus hijos. «Al menos no perdamos el alma».

Luego llegó el día más difícil. Les pidieron que renegaran de Cristo. Si no, los matarían.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

Ellos y Ianache dijeron «no». Siguieron siendo cristianos.

La tradición cuenta que Matei, el pequeño, tuvo mucho miedo. Su padre lo miró con amor y le dio ánimo. Y Matei, aunque tenía miedo, se quedó con Cristo. Tener miedo no es una vergüenza: Matei fue valiente precisamente porque eligió el bien aun con miedo en el alma.

Los seis dieron su vida por Cristo. Es la parte triste de su historia. Pero la Iglesia nos dice que ahora están juntos con Dios y los honra como santos mártires.

Más tarde, el cuerpo del príncipe volvió en secreto a su tierra. Sus nombres siguieron vivos en oraciones, en canciones y en las iglesias que había levantado Constantin.

En el icono los vemos juntos: el padre, los cuatro hijos y Ianache, uno junto a otro. Y en Hurezi las flores de piedra siguen floreciendo hoy, en recuerdo de una familia que se mantuvo unida y fiel hasta el final.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. A los pequeños díganles que los santos se quedaron con Cristo hasta el final y ya están en el cielo.

1 ¿Qué construyó el príncipe Constantin Brâncoveanu?

Respuesta: Iglesias y monasterios, como el monasterio de Hurezi.

2 ¿Cómo se llamaban sus cuatro hijos?

Respuesta: Constantin, Ștefan, Radu y Matei.

3 ¿Qué hizo el padre cuando Matei tuvo miedo?

Respuesta: Le dio ánimo y lo fortaleció.

4 ¿Qué significa ser valiente?

Respuesta: Hacer el bien aunque tengas miedo.

LO HACEMOS JUNTOS

- Miren juntos una fotografía de las flores de piedra de Hurezi.
- Den ánimo a alguien de la familia que tenga miedo o esté triste.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Santos Brâncoveanu, ayúdenos
a ser unidos y valientes en el bien. Amén.*

Al pie de los montes Căpățâni, en Oltenia, el valle de Hurezi está lleno de paz. Los bosques de hayas bajan casi hasta los muros, y por la mañana la niebla se prende de las colinas. Allí, hace más de trescientos años, sonaban todo el día los martillos. Bajo el cincel de los artesanos, la piedra se llenaba de hojas, flores y vides que parecían mecerse al viento.

El monasterio se levantaba por orden de Constantin Brâncoveanu, príncipe de Valaquia. Quería dejar un lugar de oración hermoso y sólido, que durara cientos de años. Y ha durado: sus muros siguen hoy en pie.

Brâncoveanu reinaba desde 1688. Era rico y sabio, pero gobernar no era fácil. El país pagaba tributo al sultán otomano, y una mala noticia de Constantinopla podía cambiarlo todo de la noche a la mañana. El príncipe debía ser siempre prudente y procuraba mantener a su gente lejos de la guerra.

En la corte lo esperaba una familia numerosa. La princesa Marica, las hijas y los cuatro hijos llenaban la casa de vida. Los muchachos se llamaban Constantin, Ștefan, Radu y Matei. Cada uno tenía su carácter, sus lecciones y sus sueños. Para su padre no eran herederos del trono, sino hijos queridos.

Junto al príncipe estaba Ianache, un consejero de confianza. Juntos leían cartas, sopesaban consejos y pensaban bien antes de enviar una respuesta.

En los años de su reinado se levantaron iglesias y monasterios, se apoyaron escuelas y se imprimieron libros, muchos de ellos en rumano. En la imprenta trabajaba un monje venido de lejos, Antim el Ibérico, del que leerán más adelante en este libro.

Hurezi, el palacio de Mogoșoaia y muchos otros edificios de la época tenían algo propio: pórticos con columnas, flores y vides talladas en piedra. Esta forma de construir se llamó más tarde estilo Brâncoveanu.

Pero la belleza no podía detener la tormenta. Los enemigos del príncipe lo acusaron ante el sultán, y las sospechas se juntaron como nubes. En la primavera de 1714, tras veintiséis años de reinado, Brâncoveanu fue destronado.

Lo llevaron a Constantinopla con toda su familia. Dejaban atrás su casa, los monasterios y a sus seres queridos. No sabían si volverían algún día.

El príncipe, sus cuatro hijos y Ianache fueron encerrados en la fortaleza de las Siete Torres. Los muros eran gruesos, las ventanas estrechas y los días largos.

Siguieron meses duros. Les quitaron todos sus bienes. Cada día podía traer una noticia peor que la anterior. No sabían si los liberarían o si los esperaba algo aún más duro.

En la oscuridad de la prisión, las cosas pequeñas se volvían preciosas: estar juntos, oír sus voces, rezar. El padre velaba por sus hijos y no los dejaba solos con su miedo.

La tradición guarda las palabras con que les dio ánimo:

—Hijos míos, miren: hemos perdido toda la riqueza y todo lo que teníamos. ¡Al menos no perdamos el alma! Sean firmes y valientes, queridos míos. Miren a Cristo, cuánto sufrió él por nosotros.

No podía prometerles que saldrían de la prisión. Pero podía darles lo más valioso que tenía: su fe y su amor de padre.

El 15 de agosto de 1714, fiesta de la Dormición de la Madre de Dios, llegó la gran prueba. Se dice que era justo el día en que el príncipe cumplía sesenta años. Les exigieron que renegaran de Cristo. Solo así salvarían la vida.

No era una pregunta, sino una amenaza. Delante de ellos había hombres armados, y el poder quería obligarlos a decir lo que no creían.

Constantin Brâncoveanu se mantuvo firme. Llamaron a los hijos uno por uno, del mayor al menor, y cada uno confesó que era cristiano. Lo mismo hizo el consejero Ianache. A quienes les habían quitado el trono y la riqueza no les entregaron también el alma.

La tradición recuerda sobre todo a Matei, el menor. Era casi un niño, y el peligro era muy real. Tuvo miedo, y la historia no lo esconde.

Entonces su padre lo miró y le dio ánimo con amor. Y Matei levantó la cabeza y, con la voz aún temblorosa, dijo las palabras que la tradición ha guardado: «¡Quiero morir cristiano!». Su valentía no nacía de no tener miedo: nacía en medio del miedo.

Los cuatro hijos, Ianache y Constantin Brâncoveanu fueron ejecutados aquel día. La Iglesia los honra como mártires, porque permanecieron fieles a Cristo hasta el final.

Para la princesa Marica y los que quedaron, el dolor fue inmenso. Pero su recuerdo no se perdió. Más tarde, el cuerpo del príncipe fue llevado en secreto a Valaquia y colocado en la iglesia de San Jorge Nuevo de Bucarest, que él mismo había levantado.

La gente no los olvidó. De los Brâncoveanu se cantaron canciones y

se contaron historias, de padres a hijos. Y en 1992, la Iglesia ortodoxa rumana los inscribió entre los santos. En el icono están juntos, el padre, los cuatro hijos y Ianache, como estuvieron el día más difícil.

En Hurezi, las flores de piedra aún trepan por las columnas, como el día en que las tallaron los artesanos. Nos recuerdan la parte luminosa de esta vida: un país que construyó, libros que enseñaron a la gente y una familia que se mantuvo unida hasta el final.



«Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».

Apocalipsis 2, 10



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

En este mundo todo se puede perder, pero no perdamos la fe ni el alma.

Los santos Brâncoveanu nos muestran lo que significa tener un tesoro que nadie te puede robar. El príncipe había sido muy rico: palacios, oro, poder. Se lo quitaron todo. Pero él entendió que la verdadera riqueza es la unión con Dios. Por eso dijo a sus hijos: «¡Al menos no perdamos el alma!». También es hermosa la manera en que esta familia permaneció unida. El padre no pensó solo en sí mismo, sino que dio ánimo a sus hijos. Y el hijo menor, aunque tenía miedo, encontró valor en la fe y en el amor de su padre. Ser valiente no significa no tener nunca miedo, sino hacer lo correcto incluso cuando tienes miedo, apoyándote en Dios y en quienes te quieren.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Pocos de nosotros tendremos que elegir algún día entre la vida y la fe. Pero cada uno tiene que elegir, casi a diario, entre seguir su conciencia e ir con el grupo. No reírte del débil solo porque todos se ríen, no copiar en un examen, decir sin vergüenza que el domingo vas a la iglesia. Son decisiones pequeñas, pero forman el carácter. Los Brâncoveanu no se volvieron valientes en un solo día: crecieron en una familia donde la fe se vivía. Pregúntate: ¿qué valores quieres tener tan bien arraigados que no los cambies bajo presión?



Hablamos en familia

1 ¿Qué cosas buenas hizo Constantin Brâncoveanu por su país?

Respuesta: Construyó iglesias y monasterios (como el de Hurezi), apoyó las escuelas, las imprentas y los libros en rumano.

2 ¿Cómo se llamaban sus cuatro hijos?

Respuesta: Constantin, Ștefan, Radu y Matei.

3 ¿Qué les dijo el príncipe a sus hijos el día más difícil?

Respuesta: Que habían perdido todo lo que tenían en este mundo, pero que no perdieran el alma y siguieran siendo fieles.

4 ¿Qué significa para ti ser valiente?

Respuesta libre: hacer lo que está bien aunque tengas miedo, con la ayuda de Dios y de tus seres queridos.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Busca con tu familia una fotografía del monasterio de Hurezi o un icono de los santos Brâncoveanu y miren juntos los detalles.
- Da ánimo a alguien que tenga miedo o esté triste, como el padre se lo dio a su hijo menor.
- Por la noche, recen juntos en familia al menos una oración breve, todos a una.



ORACIÓN BREVE

*Santos mártires Brâncoveanu,
rueguen a Dios por nuestra familia,
para que estemos unidos en el amor y en la fe
y tengamos valor para hacer el bien.*

PARA LOS PADRES

Con los niños pequeños, no insistan en cómo murieron los mártires; basta con decir que «dieron su vida por Cristo» y que ahora están en el cielo. Lo importante es la familia unida, la valentía y el ánimo que daba el padre. A los mayores pueden mostrarles en el mapa Hurezi y Mogoșoaia, para unir la historia con lugares reales.

RECUERDOS DE NUESTRA FAMILIA

Nuestras propias historias

Aquí guardamos un momento bueno de nuestra casa, una historia de los abuelos o una oración que sentimos respondida.



El bien empieza con un pequeño paso.